

ENSAYO DE CORDELIA

Nación

LA CAÍDA DE LA MONARQUÍA CATÓLICA
CRÓNICA DE 1808 A 1837



Primera edición en REINO DE CORDELIA, abril de 2022

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodecordelia.es

  @reinodecordelia  facebook.com/reinodecordelia

 <https://www.youtube.com/c/ReinodeCordelia01>

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 5º pta. 24

28003 Madrid

 El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

© Alfonso Mateo-Sagasta, 2022

Ilustración de sobrecubierta: © Raúl Arias, 2021

Cubierta: Detalle de *Los poetas contemporáneos. Una lectura de Zorrilla en el estudio del pintor* (1846), de Antonio María Esquivel

Infografía: © Emilio Amade, 2022



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Cultura y Deporte

IBIC: APF

ISBN: 978-84-18141-96-6

Depósito legal: M-6268-2022

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Corrección de pruebas: María Robledano

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso de la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Nación

LA CAÍDA DE LA MONARQUÍA CATÓLICA
CRÓNICA DE 1808 A 1837

Alfonso Mateo-Sagasta



Índice

<i>Al curioso lector</i>	II
NACIÓN	
I Temblores (19 de marzo de 1808 - 7 de diciembre de 1809)	21
II Soberanía nacional (12 de febrero de 1810 - 8 de diciembre de 1813)	69
III El Trono y el Altar (2 de febrero de 1814 - 27 de diciembre de 1819)	125
IV Vencer o morir (1 de enero de 1820 - 7 de julio de 1822)	165
V La cabeza del rey (10 de julio de 1822 - 30 de septiembre de 1823)	213
VI ¡Vivan las cadenas! (1 de octubre de 1823 - 15 de diciembre de 1824)	239
VII Tiovivo (19 de agosto de 1825 - 11 de diciembre de 1829)	265
VIII La heredera (18 de marzo de 1830 - 30 de septiembre de 1833)	289
IX La larga marcha (1 de octubre de 1833 - 28 de marzo de 1834)	321
X La era constitucional (22 de abril de 1834 - 25 de julio de 1836)	341
XI El nacimiento de una nación (30 de julio de 1836 - 18 de junio de 1837)	385
Agradecimientos	411
Bibliografía	417
Índice onomástico	439

Al curioso lector

ESPAÑA NUNCA FUE un imperio.

No fue el más grande ni el más pequeño, el más justo ni el más injusto, el mejor ni el peor, ni caminó en derechura al cielo ni se extravió por la vía opuesta porque, simplemente, no fue.

Esa es la buena noticia.

De hecho, hasta el siglo XIX España ni siquiera fue un reino, sino que formaba parte de un enorme poder supranacional de carácter patrimonial, originado por una unión dinástica y ampliado luego por un proceso de conquista.

Carlos de Habsburgo aglutinó la herencia de su madre, Juana (reino de Castilla, León, Toledo, Navarra, Murcia, Sevilla, Señorío de Vizcaya...), la de su abuelo Fernando (reino de Aragón, condado de Barcelona, reino de Valencia, Mallorca, Sicilia, Cerdeña, Nápoles...) y la de su padre, Felipe (ducado de Borgoña, Brabante, Limburgo, Luxemburgo, condado de Flandes, Habsburgo, Henao, Holanda, Zelanda, Tirol y Artois, y los señoríos de Amberes y Malinas), además de los derechos sobre el Sacro Imperio. A este vastísimo patrimonio, se sumarán por conquista el ducado de Milán, en pleno corazón de Europa, y los territorios que Castilla irá descubriendo e incorporando como virreinos en las Indias y Asia: Nueva España, Perú, Nueva Granada, Filipinas, Río de la Plata... Porque fue Castilla, no España, el reino que emprendió la conquista y colonización de las Indias, y el que luego las administró hasta el siglo XVIII. Durante dos siglos Castilla fue el corazón de la

Corona por su capacidad de avalar los grandes empréstitos que el rey necesitaba para conservar y mantener su patrimonio, gracias a las remesas de oro y plata que periódicamente recibía de las Indias. Esa circunstancia alimentó el error de confundir a Castilla con España, y a España con la Corona al completo, como si hubiera un gobierno unitario. En realidad, cada uno de los reinos, principados y señoríos que componían ese enorme conglomerado patrimonial conservaba su propia administración, lengua, derechos, deberes, fueros y privilegios. A todos los efectos, italianos, valones, tudescos o flamencos eran tan servidores y súbditos de la Corona como un castellano, un aragonés o un catalán, porque lo que unía a todos era la fidelidad al mismo rey y a la misma religión.

Los historiadores se refieren a este conjunto de territorios como Monarquía Hispánica, Imperio español, reino de España, dado que, por razones financieras, la capital se fijó en Castilla, o Monarquía Católica, por hacer de la defensa del catolicismo su principal razón de Estado. Yo he decidido utilizar esta última denominación en la crónica que sigue para evitar confusiones y mantener el concepto de España y lo hispánico apartados del fundamento del poder de la Monarquía, porque hasta el siglo XIX el nombre de «España» debe adscribirse, ante todo, a un espacio geográfico.

De «Hispania» hablan Estrabón, Pompeyo Trogo, Tito Livio... Los godos la llaman «Spania», o «Spaniae», como aparece en los textos de san Isidoro, y Alfonso VI, rey de León, de Galicia y de Castilla, usa el título de Imperator Totius Hispaniae. En el siglo XIII, Rodrigo Ximénez de Rada escribió una historia de la Península, titulada *De rebus Hispaniae*, texto que luego utilizó como fuente Alfonso X para su *Primera Estoria general de Espanna*. También hay que entender el término de forma geográfica cuando Dante cita a España y a Marruecos —Península Ibérica y el Magreb— en la *Divina Comedia*, o se refiere al rey de Castilla Fernando IV como rey de España. Es cierto que en los siglos XV y XVI las referencias a España o a los españoles aparecen en las obras de Francisco Delicado, Francisco López de Gómara, Alonso de Ercilla, Antonio Acuña, Fernando Herrera, Luis de Camoens... En 1605 se publican las *Flores de poetas ilustres de España*, y a ella hacen alusión también en múltiples escritos Miguel de Cervantes, Lope de Vega, Francisco Quevedo, Diego de Saavedra Fajardo... Pero en esas mismas obras también se cita a Italia, que no aparecerá como nación hasta 1861; a Grecia, que contará por primera

vez con un Estado propio en 1827 y a Alemania, que nacerá en 1871. Por otra parte, la identificación de España con la Península Ibérica se refuerza al comprobar que Portugal también es España, como dice Camoens en *Os Lusíadas* en el siglo XVI, y en el XVII resalta Quevedo cuando en su *España defendida* aclara que esta está formada por tres reinos: Portugal, Castilla y Aragón. Es cierto que resulta confuso el hecho de que a los reyes de la Monarquía Católica se los conozca como reyes de España, reduciendo el total a una de las partes, algo así como le ocurre a Holanda, que es como popularmente se conoce a la República de las Provincias Unidas, siete en total, reconocida como Estado en 1648.

Los ejemplos de identidad geográfica de las naciones que irán apareciendo a lo largo del siglo XIX son abundantes. En 1807 el poeta Manuel Quintana también cita a Italia con naturalidad mucho antes de su fundación como Estado, y Jaime Balmes, hablando de gobiernos representativos casi a mediados de siglo, dice que existen en «varios países de Alemania». El mismo príncipe de Metternich tenía muy claro en 1849 que «Italia es una noción geográfica [...] y lo mismo puede decirse de Alemania». Para él, Austria también era un nombre ficticio que no representaba ni a un pueblo, ni a una nación ni a un país. Era una designación convencional de un conjunto de nacionalidades absolutamente distintas unas de otras —alemanes, italianos, eslavos y húngaros— que reunidos constituían el Imperio de Austria, pero que no existía la nación austríaca. Lo mismo podría haber dicho de España y de la Monarquía Católica.

Pero a pesar de que la Monarquía Católica fue un poder que se mantuvo asombrosamente estable durante casi trescientos años, muchos de sus gobernantes fueron conscientes de la debilidad que suponía su estructura. Ya el duque de Lerma —por consejo de Pedro de Valencia en 1618— y el conde-duque de Olivares —«unión de Armas» en 1625— intentaron sin éxito que Felipe III y Felipe IV reunieran en uno todos sus títulos y establecieran el de «Rey de España». Pero fue Felipe V de Borbón quien, como hiciera Carlos con Castilla dos siglos antes, aprovechó su victoria en la Guerra de Sucesión para dar un paso más y suprimir los privilegios de los territorios que le habían traicionado en la lucha. Eliminó entonces los fueros de la Corona de Aragón y promulgó los llamados decretos de Nueva Planta, con idea de crear una base legislativa y jurídica uniforme. Como consecuencia nacieron las Cortes

comunes de Castilla y Aragón, pero la auténtica unificación de códigos jurídicos fue relegada, se mantuvieron los señoríos jurisdiccionales y muchos de sus privilegios territoriales, y las oligarquías locales siguieron controlando los gobiernos municipales. Además, en el caso de las Vascongadas y Navarra, el rey premió su fidelidad permitiendo la supervivencia de sus privilegios y exenciones arancelarias. En definitiva, en los aspectos jurídico e institucional, la Monarquía mantuvo su constitución de carácter jurisdiccional al servicio de sus intereses dinásticos. Prueba de ello es, por ejemplo, que recuperase los reinos de Nápoles y Sicilia a costa del patrimonio de la Corona, con el único objeto de fundar una nueva monarquía para uno de los infantes de la familia.

Por otra parte, no se puede negar una real comunidad de intereses y una fuerte identidad cultural compartida por todos los habitantes de la Península Ibérica.

En los siglos XVI y XVII ser español era una seña de identidad y pertenencia a un grupo que se definía a partir de la fidelidad a la monarquía y al Dios católico ante todo, por encima de lenguas, leyes y costumbres. Ese carácter colectivo contrarreformista que definía a los peninsulares fue alimentado por intelectuales como Calderón, Lope de Vega o el Padre Mariana, y reconocido fácilmente por sus enemigos europeos. Al igual que la identidad francesa, italiana, inglesa o alemana, la española se convirtió en una fuerza poderosa previa al surgimiento del nacionalismo. Con la llegada de los Borbones y su apuesta por unificar el Estado, se recurrió a esos atributos para fomentar una cultura nacional, y además se invirtió en la definición de una historia, una lengua y un arte común. A lo largo del siglo XVIII nacieron la Real Academia de la Lengua, las cátedras de Derecho Español, la Real Academia de la Historia y la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, puntales de un proyecto cuya clave de bóveda siguió siendo la Monarquía, identificada con un pueblo que se extendía por ambos hemisferios, y entre cuyos reyes figuraban desde Ataulfo a Felipe V, incluyendo a Moctezuma y Atahualpa, últimos emperadores mexica e inca.

A pesar de ser reconocida popularmente por todo el mundo como «Reino de España», y de las modificaciones borbónicas, la Monarquía Católica llegó al siglo XIX con la naturaleza de una monarquía compuesta, un agregado de reinos y señoríos con diferentes leyes, idiomas y sistemas tributarios. España todavía no era un reino, y tampoco existía un Estado español ni una nación española.

Lo que van a leer a continuación, si es que todavía no se han arrepentido, es la crónica del colapso de ese gigante que era la Monarquía Católica, un proceso que abarca de 1808 a 1837, del motín de Aranjuez a la promulgación de la primera Constitución realmente española. En ese período veremos las consecuencias del vacío de poder tras la invasión francesa; la lucha por imponer el derecho a la Soberanía Nacional; el intento fallido en 1812 de convertir a la Monarquía Católica en una nación —la Constitución de 1812 nació con la idea de ser una ley general para todos los territorios de la Monarquía Católica, no solo para España—; la resistencia del absolutismo; la enorme influencia de la Iglesia Católica; la guerra civil generalizada en la Península y en América; la emancipación de los territorios y el nacimiento de España al mismo tiempo que las naciones americanas, después que Grecia y un poco antes que Italia y Alemania. En resumidas cuentas, una revolución de casi treinta años que marcó el paso de una sociedad del Antiguo Régimen a una sociedad burguesa y a la identificación del pueblo español con la nación llamada España.

Sigo a Eric Hobsbawm al decir que las naciones son construcciones históricas, «artefactos inventados», artificiales; son «comunidades imaginadas» a partir de afinidades étnicas, lingüísticas, históricas o míticas, culturales y religiosas, que se relacionan con un territorio determinado sobre el que creen tener el derecho de constituir un Estado. La nación española no es una excepción.

España nace en 1837 como una pequeña nación pobre y despoblada —constituida por los viejos reinos de la Península Ibérica menos Portugal, y las islas adyacentes de Baleares y Canarias—, enfrascada en una guerra civil, con graves problemas heredados de una gestión imperial que había sido devastadora para sus recursos y estructura social, pero con una serie de territorios dependientes en ultramar (Cuba, Filipinas, Puerto Rico...), que por primera vez van a ser considerados colonias. Luego, sí, en contra de lo que he dicho arriba, España sí fue un imperio, pero de un cariz diferente al que estamos acostumbrados a pensar. De hecho, a mediados del siglo XIX contaba con el tercer imperio más poblado del mundo, por detrás de Gran Bretaña y los Países Bajos. Pero eso ya es historia de España, y queda fuera de nuestro alcance.

La presente crónica no es solo un trabajo de investigación, sino un ensayo narrativo. Las fuentes que he utilizado son todas bibliográficas, y debo agradecer a

los historiadores que cito al final de este libro el enorme caudal de datos y reflexiones que han puesto a mi alcance para que afronte el desafío de cambiar el paradigma del nacimiento de España como nación, estén o no de acuerdo con mi propuesta. Para hacer el texto más fluido he eliminado todas las citas bibliográficas, pero las referencias están marcadas al pie de cada entrada con el número que corresponde al texto aludido. A parte de las referencias específicas, todos los fragmentos comparten una bibliografía común que he obviado citar pero que está agrupada en el apartado «Generales» de la bibliografía.

La Historia no es algo que se pueda tocar, no es una ciencia exacta, es tan solo un relato coherente, una razonada concatenación de causas y efectos que hacen comprensible el pasado. Y además, siempre se escribe al servicio de alguien, en este caso de una comunidad, por lo que es necesario hacerlo mirando al futuro. La narración que sigue explica España tal y como ahora se conoce, pero liberada de dos lastres profundamente dañinos: el complejo cainita —los españoles no son más violentos entre ellos que cualquier otro pueblo— y el de la decadencia, un concepto fuera de lugar en la génesis de una nación joven que ha logrado llegar donde está gracias a un gran esfuerzo común.

Mi intención no es contar la «verdad», cosa que no existe, de modo que tampoco la busquen en mi relato. Ténganlo por lo que es: la descripción de un pasado apasionante y la propuesta de un futuro mejor.

(5) (6) (8) (10) (11) (12) (19) (20) (21) (57) (75) (80) (86) (90) (99) (100) (111) (130) (131) (132)
(138) (139) (141) (143) (144) (169) (172) (179) (188) (223) (224) (225) (226) (234) (235) (247) (266)
(269) (297) (298)



«Nuestro único deber para con la historia es el de reescribirla».

OSCAR WILDE

*El crítico como artista.
La importancia de no hacer nada*

«Somos aquello que nos contamos que somos».

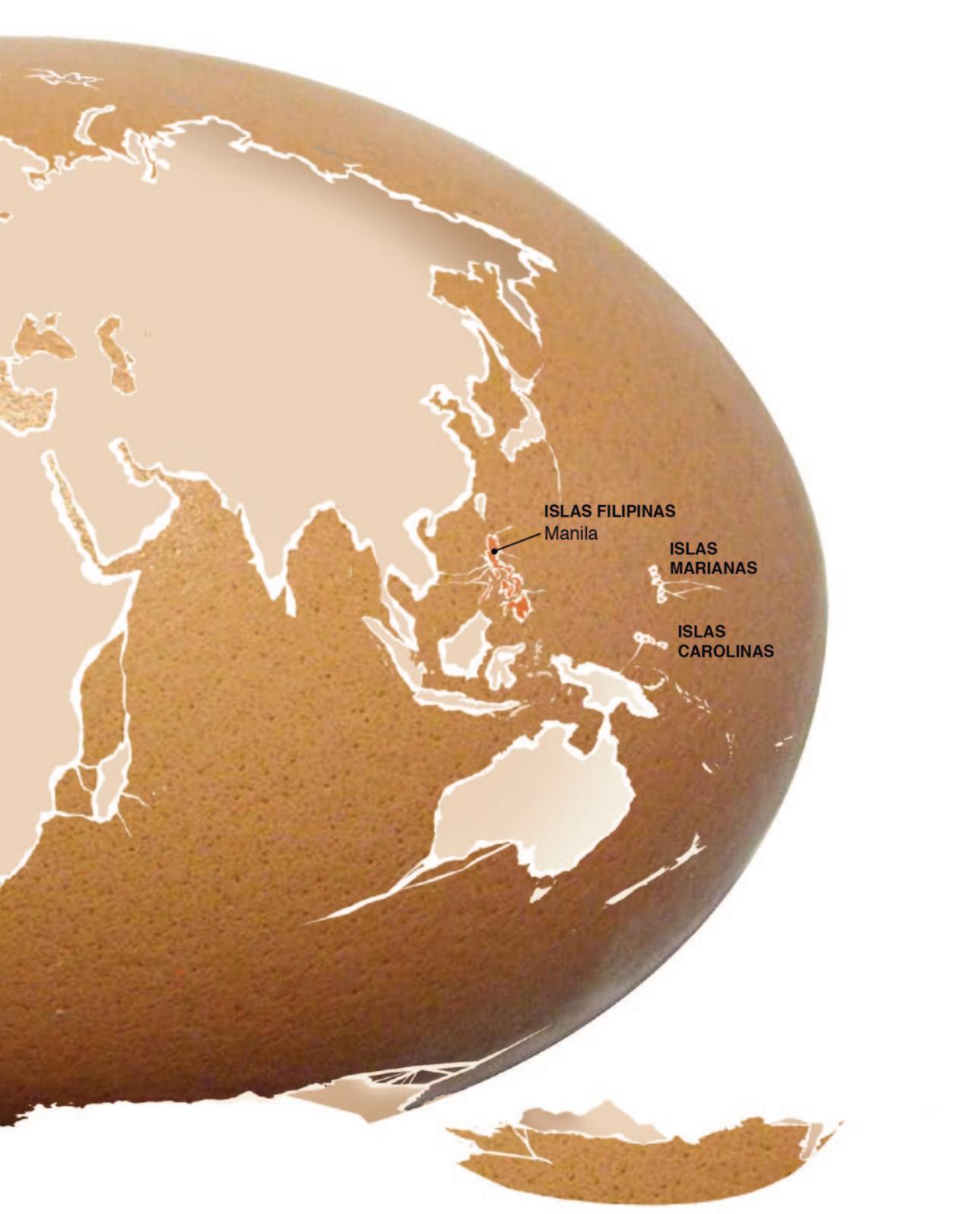
TOMÁS PÉREZ VEJO

Elegía criolla

MONARQUÍA CATÓLICA

1808





ISLAS FILIPINAS

Manila

ISLAS
MARIANAS

ISLAS
CAROLINAS

I Temblores

(DE 19 DE MARZO DE 1808 A 7 DE DICIEMBRE DE 1809)





1808 [19 de marzo]

Madrid era una fiesta

LA NOCHE DEL 19 DE MARZO los vecinos de Madrid iluminan sus balcones con candeleros de peltre, velones de cuatro pábilos, quinqués y hasta candiles de cocina. Es Madrid un pueblo feo, sucio, de ventanas con vidrios pequeños y azulados que apenas dejan pasar la luz, pero esa noche la ciudad entera brilla en fiesta porque el príncipe de la Paz, Manuel Godoy, el ladrón, el Choricero que había osado levantar su cabeza por encima de los Grandes, el amante de la reina María Luisa, el tirano por el que el reino llevaba veinte años penando, había caído al fin y estaba encerrado en un calabozo. El día anterior, una *turba* sabiamente dirigida había asaltado su casa en Aranjuez cuando se disponía a partir con los reyes a Cádiz y quién sabe si a las Indias. Por suerte, dicen, el príncipe de Asturias había evitado primero la fuga y luego, en su magnanimidad, su muerte segura a manos de un pueblo que lo odia. Fernando el justo, Fernando el bueno. Fernando VII, ya rey, según cuentan en palacio, porque al parecer su padre, el viejo Carlos IV, enfermo y cansado, ha aprovechado la ocasión para abdicar en él la Corona y de ese modo dar paso a una nueva era de esperanza.

(3) (17) (18) (19) (45) (82) (132) (135) (161) (177) (196) (197) (227) (244) (253) (254) (283)



1808 [24 de marzo]

Los hijos de Saturno

NAPOLEÓN MIRA por la ventana después de releer el parte que acaba de recibir de François Beauharnais, su embajador en Madrid. Fernando, el príncipe de Asturias, ha dado un golpe de Estado y se ha coronado rey. El emperador sonrío. Después de tantas dudas, al final la vieja y podrida dinastía hispánica de los Borbones se devora a sí misma. Dos cornejas cruzan el cielo mientras repasa sus movimientos desde que en Fontainebleau acordara el reparto de Portugal con el rey Carlos IV y su ministro Manuel Godoy. Había pensado ceder el Algarve y el Alentejo al príncipe de la Paz y el centro del reino a Carlos a cambio de incorporar al Imperio las provincias al norte del Ebro. Pero ¿puedo estar tranquilo teniendo a la espalda a semejantes aliados? ¿Repartir la Península? ¿Para qué repartirla si me la puedo quedar entera? Con la excusa del paso a Portugal un ejército de más de ciento cincuenta mil hombres progresa hacia Madrid y ha ocupado pacíficamente la línea del Ebro y casi la del Duero. Duhesme domina Barcelona, Moncey Aranda, Dupont Valladolid, D'Armagnac avanza sobre Pamplona. Delaborde, Loison, Travot, Kellerman y Junot lo hacen sobre Madrid y los límites de Castilla a las órdenes de Murat. ¿Por qué repartir lo que es mío? Que Saturno y sus hijos se devoren como las alimañas que son.

(11) (19) (45) (82) (132) (135) (161) (177) (196) (197) (225) (226) (227) (244) (283)



1808 [25 de marzo]

Ajipedobes

«SI ME DAS AJIPEDOBES te pondré en trance que robes», dice el pie de una caricatura en la que una ridícula reina María Luisa se ofrece a un seductor Manuel Godoy. El libelo circula furtivo de mesa en mesa en el Café de Levante desde hace un par de meses despertando la hilaridad de los contertulios, pero ahora ya nadie se recata al comentarlo. «Ajipedobes, si lo dices al revés, verás lo bueno que es». Ajipedobes. Sebo de pija. Eso promueve Fernando en honor a su madre, y el sarcasmo constituye la base de su propuesta de cambio político. Nada sobre la hacienda exhausta por los años de guerra, los estragos del comercio marítimo, el hundimiento de los antes prósperos puertos de Barcelona, Valencia y Alicante, las pésimas cosechas de los últimos años y la hambruna consiguiente... Tan solo un odio profundo y visceral hacia «esa vieja de mierda» y su amante. Ajipedobes, murmuran sonrientes los ociosos entre café y café mientras corre la voz de que las divisiones francesas que ocupan la Moncloa han venido a apoyar al joven príncipe en su lucha contra el tirano.

(129) (244)



1808 [26 de marzo]

Esperando al emperador

FERNANDO SE CONTEMPLA en el espejo y gira ligeramente la cabeza para admirar en escorzo su boca pequeña y hundida, la nariz gruesa que pugna por unirse a la barbilla picuda, los ojos grandes, negros y saltones. Alguien le ha dicho que es un hombre guapo, y él lo cree. Destila vanidad, y sin embargo el mariscal Murat, duque de Berg, evita darle tratamiento de rey. Príncipe, príncipe, príncipe. ¿Es que no sabe que Carlos IV ya es historia? Espera que pronto el emperador le conceda la mano de una princesa de su sangre y sean familia, pero mientras tanto no sabe qué hacer para ganar su respeto y confianza. ¿Acaso no ha dado ya pruebas de amistad devolviendo la espada que Francisco I de Francia rindió al rey Carlos en Pavía? Si fuera necesario se disculparía también por aquella victoria, unas palabras no han de interponerse entre él y su Corona más que un trozo de hierro, pero ¿arreglaría eso las cosas? Si el emperador reconociera su nueva jerarquía, sus súbditos se tranquilizarían y el Gobierno empezaría a rodar, pero Napoleón retrasa una y otra vez su anunciado viaje a Madrid y Fernando se siente abandonado. No le queda más remedio que fingir su inminente llegada ordenando que se traslade un simulado equipaje con todos los honores. Nunca un sombrero y unas botas habían recibido antes tratamiento de jefe de Estado, pero ¿qué otra cosa puede hacer? A eso está reducido. Mientras tanto, espera.

(3) (11) (17) (19) (45) (135) (191) (196) (244) (254) (255) (283)



1808 [1 de abril]

Cartas de la reina

LA REINA MARÍA LUISA rasga el papel que acaba de escribir, toma otro y vuelve a mojar la pluma con mano temblorosa. Hace días que no sale más que lo imprescindible a las galerías de palacio por temor a que los sirvientes no la traten con el debido decoro. Tiene miedo, y a cada hora que pasa siente crecer un odio profundo y visceral hacia su hijo Fernando, que ha convertido a sus propios padres en el hazmerreír de Europa. En sus cartas suplica a Napoleón y a Murat, como su lugarteniente, justicia y venganza. Les recuerda con palabras dulces su fidelidad, los servicios que han hecho a su causa tanto ellos como el pobrecito Manuel, el Príncipe de la Paz, que ahora paga con sangre su amistad con Francia. Y a la vez no ahorra dardos contra su hijo Fernando, a quien tilda de sanguinario, taimado y fementido, y del que asegura que solo aguarda el momento oportuno para echarse en brazos de los ingleses. ¿Cómo hacerles comprender que a ella le da una higa la Corona y que solo aspira a vivir un retiro en paz con el pánfilo de su marido y su Manuel? Mientras tanto, el rey Carlos la observa con pena. La ve pequeña, aceitunada, arrugada, frotando una contra otra las encías desnudas porque cuando está nerviosa la dentadura le molesta, pero no dice ni una palabra. Se encoge de hombros y se centra en comprobar la hora de los innumerables relojes que adornan la estancia.

(3) (11) (19) (45) (135) (191) (195) (196) (197) (244) (254) (255) (283)



1808 [5 de abril]

Una cena en la embajada

EL GENERAL SAVARY, embajador especial de Napoleón en la corte de Madrid, no puede contener la carcajada cuando Joaquín Murat, gran duque de Berg, glosa a los postres el contenido de las últimas cartas de la vieja reina María Luisa. Es dama de gran sensibilidad, dice al final, para cuyo solaz no bastan las atenciones de un rey y un valido a horario completo, sino que precisa la colaboración frecuente de lo más granado de la Guardia de Palacio. Pero dígame, embajador, ¿qué piensa hacer el emperador? Llevo en Madrid un par de semanas con más de sesenta mil hombres y el Gobierno de la Corona ni se extraña ni se pronuncia. ¿Cuál es el siguiente paso? Al emperador no se le escapa que Carlos es imbécil y Fernando estúpido y mezquino, responde Savary. Desea que partan los dos cuanto antes a la frontera para liquidar el asunto como mejor convenga, y mientras tanto, que no se dé trato de rey a ninguno de los dos: al uno por haber abdicado presuntamente, y al otro por haber ceñido la Corona tras un tumulto y bajo coacción al viejo rey. ¿Cree usted que lo harán? ¿Partirán a la frontera? Lo harán, ya lo creo que lo harán. Ambos correrán hacia el amo con un palo en la boca mendigando una caricia.

(11) (19) (45) (135) (191) (197) (244) (252) (283)



1808 [1 de mayo]

Sainete en Bayona

DON JUAN DE ESCOQUIZ, maestro y confesor de Fernando VII, se mira desolado la punta de los zapatos. ¿Cómo es que nadie nos avisó de esto? Napoleón ha reunido en Bayona tres cabezas y una corona y juega al trile con ellas. Fernando sostiene que la abdicación de su padre fue libre y voluntaria, porque estaba cansado de gobernar y anhelaba una tranquilidad que el mal estado de su salud le hacía indispensable. Carlos dice que su hijo le ha arrebatado la Corona valiéndose del miedo y la fuerza, exige su renuncia y amenaza con tratarlo como a un emigrado. José Bonaparte espera en otro palacio con la vista fija al mediodía. Fernando insiste en su buena fe, su padre le acusa de homicida y la reina María Luisa pide para él la horca; nunca se ha visto madre tan generosa y abnegada. Menos mal que entre tanto despropósito el Gobierno de la Monarquía ha quedado en buenas manos. En ausencia del rey, el infante don Antonio ha emprendido en Madrid reformas de calado: en adelante, todos los oficios han de ir encabezados por una cruz, y los sellos que los cierran deben ser rojos y cuadrados, y no blancos y redondos como es habitual, para no imitar la sagrada forma. No satisfecho con eso, ha prohibido a las comediantas los corpiños levantados y al pueblo el uso de instrumentos de mal sonido, como sonajas, silbatos y gaitas.

(3) (18) (19) (45) (82) (132) (135) (161) (174) (177) (196) (197) (227) (244) (250) (252) (253) (283)



1808 [2 de mayo]

«¡Oh! ¡Es el pueblo! ¡Es el pueblo!»

LA CAPITAL ES UNA OLLA al fuego. Sesenta mil franceses pisan fuerte por las calles y el pueblo tolera mal su displicencia. El viaje de los reyes ha provocado mil habladurías. Se dice que el emperador retiene prisionera a toda la familia real, tan solo quedan en Madrid la reina de Etruria, el infante don Antonio y el pequeño Francisco de Paula. Un gentío se congrega desde la madrugada ante el Palacio Real, y cuando se adivinan preparativos de viaje una mujer grita: «¡Que nos lo llevan!», y se desencadena el tumulto. La tropa francesa abre fuego, y el pueblo, enloquecido, da rienda suelta a su rabia. La chispa corre en todas direcciones y prende en los barrios populares, en las tahonas, en los bodegones y hasta en la cárcel. Sin embargo, el ejército no se mueve. Solo el Parque de Artillería de Monteleón, en el barrio de Maravillas, se suma a la algarada, y allí sucumben los oficiales Daoiz, Velarde y Ruiz. El teniente Arango, nacido en La Habana, escapará para seguir la lucha. A las tres de la tarde los muertos se cuentan por miles y las cárceles se llenan de detenidos. Empieza la represión. Nadie duerme en la madrugada del 3 de mayo. Se suceden las ejecuciones en el patio del Buen Suceso, bajo el Puente de Segovia, en los muros de San Ginés, en el Prado, en la ribera del Manzanares... Goya dará luz a los caídos en la montaña de Príncipe Pío, y Quintana voz a los vivos: «Guerra, nombre tremendo, ahora sublime... Guerra, guerra, españoles... [...] ¡antes la muerte que consentir jamás ningún tirano...».

(18) (19) (45) (82) (84) (132) (135) (154) (161) (174) (177) (197) (227) (244) (250) (283)



1808 [6 de mayo]

A las cinco de la tarde

CARLOS IV, María Luisa y Napoleón toman café sentados en torno a una mesa cuando Fernando entra y se queda de pie en actitud desafiante. Había decidido no ceder ni un paso y trasladar las discusiones a Madrid, pero el emperador no le permite ni abrir la boca. Sepa su Alteza, dice Napoleón, que el pasado 2 de mayo el partido que os ha proclamado jefe ha ordenado en Madrid el asesinato de soldados franceses rompiendo la alianza de nuestras naciones. Príncipe, eres responsable de esta carnicería, y se acabó el tiempo de discutir y negociar. Los intereses de mi Imperio exigen que la Casa de Borbón, a la que debo mirar como mi enemiga, no reine en adelante en España, de modo que exijo la total e inmediata renuncia a todos vuestros derechos a la Corona so pena de muerte.

Carlos se encoge de hombros, y el fantasma del duque de Enghien, con el pecho atravesado por las balas, sobrevuela la habitación. Fernando, atemorizado, se apresura a abdicar en su padre, y Carlos da por efectiva la cesión que ya había hecho a Napoleón de todos sus derechos al trono. Con tales renunciaciones, el descomunal entramado de reinos, gobernaciones, principados y señoríos que habían compuesto la Monarquía Católica, tan estable durante casi trescientos años, se craquela como un plato de loza.

(8) (18) (19) (45) (82) (113) (132) (135) (161) (172) (177) (197) (227) (244) (252) (283)



1808 [9 de mayo]

La tertulia de Jovellanos

EL HUMO AZULADO de los habanos se arremolina en el techo de la vieja casa familiar donde Gaspar Melchor de Jovellanos recibe a sus amigos. Los años de cárcel debidos al rencor de Godoy y a la desidia de Carlos IV han hecho estragos en su salud, pero no en su ánimo ni en su cabeza, que sigue tan clara como siempre.

La tertulia se mueve a ritmo de oleaje a medida que llegan novedades de la frontera y de la omnipresencia de los soldados franceses, que campan por la Península como ovejas en barbecho.

—¡Napoleón ha coronado a su hermano José! —dice un recién llegado sosteniendo en un puño un ejemplar arrugado de la *Gaceta de Madrid*.

—¡Qué tontería! Eso es imposible —comenta Jovellanos con una sonrisa en los labios.

—¿Imposible? Fernando y Carlos abdicaron en el emperador, y él ha entregado la Corona a su hermano.

—Imposible porque falta el consentimiento del pueblo. Un rey no es quién para ceder la Corona, necesita la autorización de sus súbditos reunidos en Cortes.

—Entonces, ¿tampoco son legales las abdicaciones?

—No, según la tradición escolástica española —afirma Jovellanos, quien ha dedicado mucho tiempo al estudio de la teología en sus años de presidio—. Mariana, Vitoria y Suárez sostienen que Dios es el origen último del poder, que lo transmite a la comunidad y esta es la que se lo entrega voluntariamente al rey. Es decir, al rey la Corona se la han dado sus súbditos, y solo ellos pueden quitársela.

—Y eso, ¿en qué lugar nos deja?

(3) (12) (268)



1808 [14 de mayo]

«¡Guerra!, gritó ante el altar el sacerdote con ira»

LOS MARTILLAZOS que se oyen en la calle desde la madrugada no han dejado descansar a don Gregorio García de la Cuesta, capitán general de Valladolid. La agitación de la tarde anterior y la falta de sueño lo tienen exhausto. No había digerido aún la noticia del secuestro de la familia real, la matanza ocurrida en Madrid, la abdicación de los reyes legítimos y la coronación de un Bonaparte, cuando llegó el eco de la revolución. Por primera vez en la historia, un ejército extranjero había ocupado la capital de la Monarquía Católica y en todas las ciudades y territorios, decían, el pueblo se reunía en Juntas para organizar la resistencia.

Asturias, con el marqués de Santa Cruz al frente, había declarado la guerra a Napoleón, armado a la población y enviado embajadores a Inglaterra. Casi el mismo día se declaraban a su lado Santander, Logroño, Segovia, León, Badajoz, Baleares, Canarias, Galicia, Murcia... Otro tanto había hecho Sevilla constituyendo la Junta Suprema de España e Indias. Subordinadas a ella nacieron las Juntas de Jaén y Córdoba. Granada envió comisionados a Gibraltar para armarse por su cuenta, nombró gobierno y levantó su propio ejército. La revuelta era general y, sin embargo, todo parecía transcurrir pacíficamente. Tan solo había corrido la sangre en Valencia por culpa del torcido canónigo Baltasar Calvo. En Cádiz, el gentío se limitó a disparar contra la fachada de la vivienda del marqués del Socorro y de la Solana, capitán general de la plaza, por mostrarse tibio en sus opiniones, la misma tibieza y las mismas dudas que atormentan a don Gregorio.

Cesan los golpes de martillo. Don Gregorio se asoma al balcón y ve ante su casa el enorme patíbulo que durante la noche ha erigido el pueblo para curar su indecisión. No hay marcha atrás. «Cuando en hispanas tierras pasos extraños se oyeron, hasta las tumbas se abrieron gritando venganza y guerra».

(3) (45) (135) (158) (197) (244) (268) (283)



1808 [27 de mayo]

La Hidra de Lerna

NICOLÁS MAQUIAVELO es uno de los autores favoritos de Napoleón, quien acude a su volumen de *El príncipe* como a un oráculo. Pero en esta ocasión la respuesta que obtiene contradice los hechos. El maestro de políticos dice que un pueblo que ha perdido a su príncipe es más lento a la hora de tomar las armas y con tanta más facilidad se le puede ganar. Sin embargo, los mensajes que recibe de España se parecen más a la historia de la Hidra de Lerna. ¿Cómo es posible que después de descabezar a la Monarquía Católica haya recibido tres declaraciones de guerra en menos de un mes? Entre gentes civilizadas, cuando un Estado es decapitado, el cuerpo entero se rinde, es lo natural. O debería serlo.

El emperador está desconcertado, pregunta a sus embajadores, apremia a sus generales. Ninguno alcanza a explicar qué sucede en la Península, mientras esperan la llegada de los convocados a las improvisadas Cortes de Bayona. Lo que sabe es que el mismo 2 de mayo, aplastada la revuelta en Madrid, los alcaldes de una aldea vecina llamada Móstoles llamaron a la insurrección general. De nada sirvió el sanguinario bando de Murat, amenazando con la muerte a quienes se opusieran a la voluntad del emperador, porque el 25 del mismo mes le declaró la guerra la Junta General del Principado de Asturias, una reliquia medieval que a la fecha se limitaba a despachar cuentas de gastos locales. Y ahora, dos días más tarde, era el pueblo de Sevilla, reunido en Junta Suprema de España e Indias y apoyado por el ejército, quien hacía una declaración solemne de guerra contra Francia y a favor de Fernando VII.

Maquiavelo viajó por Italia y Alemania, pero nunca cruzó los Pirineos.

(18) (45) (135) (163) (172) (197) (244)



1808 [28 de mayo]

¿Qué son las juntas?

—NO SÉ QUÉ DECIRLE, sire.

José Bonaparte es un hombre paciente y tiene buena voluntad, cree de verdad que puede formar un gobierno sólido y que con un poco de tiempo y mano izquierda se ganará el amor de sus nuevos súbditos, así que insiste. Quiere saber, y sus consejeros no aciertan a responder.

—Al parecer son agrupaciones de individuos de tamaño variable, según la ciudad o el territorio en que se formen.

—¿Hay muchas?

—Eso parece. Las hay en las ciudades, en los pueblos, en las provincias...

—Son de carácter local... —reflexiona el rey en voz alta.

Los consejeros cruzan de nuevo las miradas, indecisos.

—Sí, por ahora sí, creemos que ninguna tiene jurisdicción sobre todo el reino.

—Y ¿son populares?

—Algunas originalmente las constituyen artesanos, campesinos...

—Entonces, son populares.

—Al principio, al menos en muchos casos, pero pronto se adhieren las personalidades locales, hacendados, funcionarios, médicos, aristócratas...

—¿Militares?

—También militares, sí. Y no faltan religiosos: canónigos, frailes...

—Entonces no son populares.

—Yo diría más bien que no son solo populares.

—Pero ¿para qué se forman?

—El vacío de poder, sire, como nadie sabe quién manda, lo hacen por sí mismos.

—¿Cuáles son sus funciones?

—¡Puf! Administran sus partidos, conceden pasaportes, hacen levas contra nosotros, expenden licencias... Las hay que hasta envían embajadas. Parecen pequeños gobiernos y actúan con independencia unas de otras.

—¿Pero son revolucionarias o no?

—Lo son en tanto que no aceptan el cambio de dinastía, pero en realidad lo que buscan es la vuelta del antiguo orden, así que todo se confunde. En realidad dicen defender la religión, al rey, a la Iglesia, a la libertad...

—No me ayudáis mucho.

—Es que no se entiende, majestad. Diría que las juntas son revolucionarias aunque muy a su pesar. Pero el hecho de que la nobleza y el clero se hayan incorporado, ha favorecido al menos que se controlen los desórdenes y se evite la anarquía.

—Pero a mí me odian.

—Sí, claro.

(3) (8) (II) (17) (72) (172) (234) (260) (283)



1808 [29 de mayo]

Sueños de un libertador

«¡QUÉ JERINGA!», exclama don Francisco de Miranda al enterarse de que el ejército acantonado en Cork, el que iba a partir con destino a Venezuela para cumplir su sueño de desgajar América de la Monarquía Católica, va a ser enviado a la Península para combatir a Napoleón. La expresión suena infantil en boca del fundador de la Logia Americana en Londres, un hombre que ha tratado a George Washington, a Jefferson, a Adams, a Gibbon, a Raynal, a Potemkin, a Catalina la Grande y hasta al mismo Napoleón, pero ni en los peores momentos el general descontrola su lenguaje.

Tras el fracaso de su desembarco en la Vela del Coro dos años antes, la ocupación francesa de la Península le había hecho concebir nuevas esperanzas de fundar una poderosa nación al otro lado del mar bajo el cetro del Gran Inca. Inglaterra no podía ver con buenos ojos que Francia se le adelantara en el mercado americano, de modo que había logrado que le prometiera un ejército de diez mil hombres para hacerse con el control de Venezuela, Nueva Granada y México, el mismo ejército que ahora le arrebatava.

Sin perder un segundo, el libertador corre al Almirantazgo para hablar con el general al mando, con el encargado de Relaciones Extranjeras, con el primer ministro, pero de Arthur Wellesley, George Canning y William Cavendish solo recibe tibias disculpas y vagas promesas. Agua de borrajas. Por el momento, su sueño se diluye como un azucarillo en un vaso de agua.

(102) (127) (130) (161)



1808 [30 de mayo]

Póquer de virreyes

DON JOSÉ DE ITURRIGARAY, don Fernando de Abascal, don Antonio Amar y Borbón y don Santiago de Liniers, virreyes de Nueva España, Perú, Nueva Granada y Río de la Plata, nombrados en su día por Godoy, no saben a qué atenerse. Después de trescientos años de sorprendente estabilidad política en los que la monarquía sostenía todo el edificio como un atlante, las noticias que llegan de la Península son desconcertantes. Hasta hace unos días decían que el príncipe de la Paz, su benefactor, había caído, que Carlos IV había abdicado y que reinaba Fernando VII, pero ahora dicen que Fernando también ha abdicado antes de nombrar sustitutos para sus puestos y que la Corona la ostenta José Bonaparte, el hermano mayor de Napoleón. También ha llegado la noticia de que el pueblo de los territorios europeos de la Monarquía Católica se ha negado a obedecer, se ha organizado en juntas y ha tomado las armas.

A su alrededor, los viejos virreyes sienten crecer la hostilidad. Al fin y al cabo fueron nombrados por el tirano amigo de los franceses, y en las galerías de sus palacios escuchan voces cada vez más claras que ponen en duda su legitimidad, su fidelidad y hasta su honor.

(2) (8) (89) (130) (132) (161) (226) (299)



1808 [31 de mayo]

Dios...

EL TONSURADO CAPUCHINO se apoya con los puños cerrados en la barandilla del púlpito y recorre el auditorio con su flamígera mirada. Nadie se atreve a mover un músculo, casi ni a respirar.

—¿Quién es el enemigo? Me preguntáis. Os lo diré muy claro: el enemigo son esos esclavos de la falsa filosofía, incrédulos, deístas, ateos, herejes modernos y apóstatas de Francia, revolucionarios impíos e instrumentos de la iniquidad del tirano Napoleón para destruir todo lo que es bueno en el género humano, y para mancillar, sobre todo, la sagrada alianza entre el trono y el altar que ha regido a la Monarquía Católica a lo largo de mil años.

El fraile se detiene para tomar aire, y luego continúa en el mismo tono.

—¡La defensa de la fe es la esencia de la Monarquía Católica, su fundamento y su razón de ser. ¿Por qué si no iba a permitir Dios que acumulara tanto poder durante tantos siglos? La fe es la patria de los buenos españoles, solo nuestros pecados explican la crisis que vivimos, de modo que ahí está la base para responder a vuestra segunda pregunta: ¿Es pecado matar a un francés? Y yo os respondo: ¡No! ¿Cómo puede ser pecado matar al demonio? Esta es una guerra santa. Justísima. Como diría el patriota, el francés es un animal indefinible que predica virtud y no la tiene; humanidad y no la conoce. No, no es pecado matar franceses, al contrario, y el que dude o se muestre tibio merece también la muerte por traidor y que sus bienes pasen a las cajas del ejército de Dios. La religión os pide que actuéis. Ya no basta con ser católico, hay que eliminar a todo disidente, de modo que ahora salid a la calle y gritad: «¡Viva María Santísima, viva Jesucristo, viva la Iglesia, mueran Napoleón y los franceses, viva Fernando VII!».

(9) (11) (12) (21) (110) (130) (137) (174) (234) (258) (283)



1808 [31 de mayo]

... Patria y Rey

DON PEDRO ALCÁNTARA Álvarez de Toledo, duque del Infantado, y desde el motín de Aranjuez presidente del arcaico y vergonzante Consejo de Castilla, sale de la Iglesia reflexionando sobre la homilía que acaba de escuchar. Por supuesto que la razón de Estado es la conservación de la religión católica, eso no lo duda nadie, pero al cura le ha faltado aclarar que para cumplir tal misión Dios ha entregado la potestad al Rey, que es la cabeza del Estado. Solo él puede legislar, solo él encarna a la Patria. Por que, ¿qué es la patria sino el conjunto de leyes y privilegios bajo los que hemos vivido desde tiempo inmemorial?

El Rey es el lazo que une el complejo entramado de reinos y territorios que componen la Monarquía Católica. Todos ellos le pertenecen por derecho, aunque hay quien lo duda: Jovellanos, Moratín, Azanza, Cabarrús, y ahora esos nuevos jacobinos revolucionarios que deambulan por los cafés, gente que ha corrompido la vida moral española y por la que sin duda estamos sufriendo un castigo divino. Pero el pueblo sabrá darles el destino que merecen. Los verdaderos súbditos de su majestad hablan a diario por boca de sus fusiles. Razón tiene Antonio de Capmany cuando ensalza a la buena gente que gracias a la Iglesia no sabe leer ni escribir y por tanto no se ha visto corrompida por las falsas filosofías. En ella se ve claro el deber de los buenos vasallos: la fidelidad al rey, la defensa de la religión y de las costumbres. Ese es el camino de la reconciliación con Dios y de la salvación de la Corona.

(11) (12) (19) (21) (110) (130) (132) (234)



1808 [6 de junio]

José I, Rey de las Españas y las Indias

AL EMPERADOR LE CUESTA entender la larga retahíla de títulos que componen la Monarquía Católica: rey de Aragón, de Castilla, de Granada, de Navarra, señor de Vizcaya, rey de Jaén, conde de Barcelona... Y simplificando, decide entregar a su hermano José el de «Rey de las Españas y las Indias». Al hacerlo, garantiza la independencia de la monarquía, la defensa y conservación de la religión católica, el respeto a las costumbres y propiedades de su pueblo. Queda asimismo garantizada la integridad territorial de la Corona, que reúne propiedades en Europa, África, Asia, América y Oceanía.

Fernando de Borbón, desde hoy príncipe de Francia, es el primero en dar la enhorabuena al emperador por tan buena elección, y aún tiene el cuajo de decir que no puede haber un monarca más digno ni más propio por sus virtudes. Felicita a José, y se felicita a sí mismo porque pronto formará parte de tan augusta familia gracias a la mano de la princesa imperial a la que aún aspira. El último Borbón entrega un mundo a cambio de una finca y unas rentas, y aún da las gracias. José, por su parte, no acaba de creer su buena fortuna. Para hacerse con la Corona de la Monarquía Católica ha tenido que renunciar a la de Nápoles, como hiciera hace muchos años el rey Carlos III, de feliz memoria. No puede haber mejor augurio.

(19) (45) (172) (191) (234) (250) (252)



1808 [7 de junio]

El fin de la tiranía

EN UN PEQUEÑO CARRUAJE alquilado, el futuro conde de Toreno se dirige al Almirantazgo de Londres a entrevistarse con George Canning, ministro de Relaciones Extranjeras de su majestad Jorge III, con la misión de recabar su ayuda en la guerra contra Napoleón. No viaja solo. En su equipaje lleva *El espíritu de las leyes*, de Montesquieu y las recientes lecturas de *El Emilio* y *El contrato social*, de Rousseau, que desea repasar. Con apenas veinte años cumplidos, se siente lleno de esperanza e ilusión por el futuro. El pueblo ha manifestado su rechazo a la tiranía levantándose contra el invasor, y también su deseo de mejora y reforma, que pasa por el castigo a los culpables de su actual situación y el fin del despotismo. Si la soberanía reside en el pueblo, como sostienen los filósofos y admite, en cierta forma, la vieja escolástica española, al pueblo le debe corresponder la prerrogativa de dictar las leyes que lo gobiernan. Para el joven embajador de la Junta de Asturias hay algo más que nos une a todos que la religión, la patria —entendida como defensa de los privilegios— y el rey, y eso es la Nación. Nada es más estimulante que unir a los pueblos de dos hemisferios bajo una ley común, que convertir la Monarquía Católica en una nación y eliminar definitivamente toda tiranía.

(12) (172) (283) (286)



1808 [9 de junio]

Nadie se rinde

TREINTA Y CUATRO INDIVIDUOS del Ayuntamiento de Zaragoza, en representación de los estamentos y ciudades del reino, constituyen las casi olvidadas Cortes de Aragón a instancias del joven brigadier José de Palafox, «hermoso como un héroe de la antigua Grecia». Recién llegado de Bayona, con el peso aún de la humillación sobre sus espaldas, había sido nombrado por una junta popular gobernador de Zaragoza y capitán general de Aragón, con orden de oponerse a los invasores franceses, pero él, realista convencido, necesita que su nombramiento sea garantizado por una institución superior a la voluntad del pueblo. Los viejos fueros de Caspe legitiman la revolución, y el radiante general hace correr la voz: Zaragoza no se rinde.

El grito de los aragoneses se une al eco que resuena en la Península desde mayo: Valencia no se rinde, Gerona no se rinde... Hasta en los territorios firmemente ocupados por los franceses donde no hay juntas, como Castilla la Nueva, Navarra, las Vascongadas y Cataluña surge un flujo de hombres que acuden a alistarse donde pueden. Una semana después, en el paso del Bruch, mientras Palafox fortifica el perímetro de su ciudad, dos columnas francesas dan fe de que la guerra será larga.

(3) (18) (21) (174) (200) (201) (283)



1808 [15 de junio]

Velando plumas

MIENTRAS RECORRE con pasos cortos el pasillo de la biblioteca, el ministro Azanza piensa que José es el tercer rey al que sirve en cuatro meses.

¿Qué vamos a firmar?, se dice al mirar los documentos que descansan sobre su mesa. En definitiva, un cambio de dinastía como otros que ya hemos vivido, auspiciado además por los soberanos originales y legítimos. Carlos y Fernando son los torbellinos del Maelström, y José el mar tranquilo al otro lado del estrecho, la oportunidad de racionalizar y modernizar la Administración pública de la Monarquía, de retomar el buen camino de la Ilustración que emprendió con tanto éxito Carlos III y que la desidia de su hijo y la avidez de María Luisa y su amante Godoy habían echado a perder.

Hace tiempo que los súbditos de la Monarquía Católica esperábamos que alguien llevara a cabo las reformas políticas y sociales indispensables para la buena marcha del Estado, garantizando además su unidad territorial tal y como la conocemos. Por suerte, Bonaparte no pretende una auténtica división de poderes y el rey queda al frente de todas las jerarquías, como corresponde a un monarca ilustrado que vela por el bien de la nación. Poder para el pueblo, pero sin el pueblo, y todo ello sin tener que recurrir al parlamentarismo ni a la representación popular. El sistema perfecto. En apenas dos semanas hemos tenido que revisar el texto propuesto por el emperador. Se podría mejorar, claro, pero no hay tiempo para más. No tengo duda de que Moratín, Meléndez Valdés y Cabarrús, hombres ilustrados y coherentes, apoyarán la decisión.

Desde que llegó a Bayona, José de Azanza apenas ha visto el sol. Urquijo dormita al otro lado de la mesa y los demás, agotados, se han retirado a dormir un par de horas antes del amanecer.

(8) (18) (19) (172) (234) (283)



1808 [15 de junio]

Una carta de amor

A DON FRANCISCO DE SAAVEDRA, presidente de la sevillana Junta Central Suprema de España e Indias, le tiembla la mano como a un enamorado cuando va a mojar la pluma en el tintero. Conoce bien a los destinatarios de sus misivas, funcionarios de la vieja Administración que todavía ostentan el gobierno, y cómo piensan al otro lado del océano. Para darse aplomo se repite que él fue el autor del Reglamento del Libre Comercio con América, repasa mentalmente los distintos cargos administrativos que ocupó en Venezuela y su etapa como secretario de Estado con Godoy, y después, los militares, siempre en apoyo de los insurgentes norteamericanos: su paso por La Habana y la toma de Pensacola.

Pero no es miedo lo que siente.

Si tiembla, es porque teme que en ese momento su amigo Jovellanos y él son los únicos conscientes del enorme riesgo de disolución que corre la Monarquía Católica, que nadie más que ellos ve el alcance y el significado de los movimientos sociales y políticos que acaban de iniciarse en la Península y que van a cambiarlo todo. Explicar con precisión y justicia los acontecimientos presentes a los virreinos y territorios de ultramar y mantener su lealtad, se le antoja tarea de un titán. Así que apoya la muñeca en la mesa, espera a que desaparezca el temblor y deja que la pluma corra por el papel.

(283)



1808 [28 de junio]

La costa infinita

DON JOSÉ FERNANDO ABASCAL camina sobre el inmenso *Mapa geográfico de América meridional* de Juan de la Cruz, que ha mandado extender sobre el suelo del salón de baile del Palacio Virreinal de Lima. Su mirada se mueve de un lado a otro recorriendo los lugares en los que ha cumplido destino: Colonia, La Habana, Guadalajara, y así salta del virreinato de Nueva España al del Río de la Plata y al del Perú. Un territorio enorme, una costa infinita que hay que pensar en proteger ante la previsible invasión del francés. Del bolsillo de su estrecha levita de terciopelo asoman los informes del último recuento de tropas, si es que se puede llamar así. Para defender el inmenso litoral de los territorios de ultramar de la Monarquía Católica, apenas cuentan con una quincena de regimientos, la mayoría incompletos, aunque compuestos por reclutas locales y de gran valor y eficacia. En realidad nunca había hecho falta movilizar más hombres: las últimas revueltas de Tupac Amaru en el Perú, la de los Comuneros del Socorro en Nueva Granada, la de José Leonardo Chirino y la de Miranda en Coro se resolvieron sin grandes complicaciones y con pequeñas levas puntuales. Por suerte, además, los hombres disponibles están acantonados en la costa por donde puede venir la amenaza, cerca de los puertos más vulnerables. Abascal entrelaza las manos a su espalda y suspira, como si así conjurara el peligro.

(2) (79) (130) (226) (231)



1808 [7 de julio]

Estatuto de Bayona

DE LOS CIENTO CINCUENTA REPRESENTANTES convocados, solo noventa y uno, aristócratas en su mayoría, acuden a Bayona a definir la «Constitución» del rey José, la primera de la Monarquía Católica con Cortes electivas y Senado. No son pocos, considerando el ambiente general de insurrección que domina en la Península, aunque bien podían haberse quedado en sus casas, porque apenas participan en la redacción. Se limitan a dar por bueno el texto que presenta el emperador con algunas enmiendas en temas secundarios. Aún así, el documento resulta incendiario: separa el Tesoro de la Corona del Público, elimina las trabas del comercio interior y exterior, extingue los privilegios y las jurisdicciones señoriales, abole la tortura y el tributo de los indios y castas, evita la acumulación de mayorazgos, declara la igualdad ante la ley... Y para demostrarlo, por primera vez se convoca a representantes de los territorios americanos: seis en la primera convocatoria, uno por cada virreinato y dos más por La Habana y Guatemala, pero promete elevar el número a veintidós. También tiene letra pequeña, claro, su puerta trasera hacia el absolutismo, como la instauración de un Senado elegido por el rey y con poder de suspender la Constitución, o el hecho de que las Cortes se reúnan solo cada tres años. Y por supuesto, el óbolo del Imperio, una declaración de alianza permanente con Francia.

(18) (19) (174) (234) (268) (283)



1808 [10 de julio]

¿Qué otra cosa podíamos hacer?

LAS PERSIANAS DE MADERA están abatidas sobre los balcones del despacho del director del Banco de San Carlos y una mujer acaba de humedecer la tarima de madera, pero todo es insuficiente. Don Francisco Cabarrús se revuelve incómodo con la camisa pegada al cuerpo y mira con desdén el fino pañuelo de batista con que se seca el rostro.

—Después de que nuestros legítimos reyes hicieran dejación de sus derechos —continúa desviando la mirada hacia la superficie de su antigua mesa—, ¿qué debíamos de hacer nosotros? ¿Es un cambio de dinastía una novedad tan escandalosa? Si dábamos por buenas las abdicaciones de Bayona solo quedaba elegir entre ser gobernados por un príncipe de la familia reinante en Francia, con todo lo que eso supone, o ser desmembrados por Napoleón y repartidos a su mejor conveniencia entre sus generales. ¿Qué opción era mejor? ¿Cuál de las dos garantizaba el bien del pueblo y la libertad de la Monarquía? Nosotros aceptamos el reto sin escondernos. No con gusto ni ilusión, pero sí con una clara conciencia de cuál es nuestro deber, porque pensamos que colaborar es la única vía a través de la cual se evita el desmembramiento del territorio y posibilita, además, la retirada del ejército francés de ocupación, porque eso es lo que es. Colaborar, además, es el único medio de mantener a la Corona de la Monarquía Católica al margen de la política imperial. Cualquier otra actitud, la insurrección que algunos alientan, por ejemplo, solo sirve para fomentar la anarquía y la disolución de la sociedad. Todo nuestro esfuerzo es para evitar la revolución y una larga y cruenta guerra de conquista, de la que solo sacaríamos, en el mejor de los casos, la total devastación de los pueblos y la ruina del Estado. ¿Es que no lo entienden? ¿Cómo alguien puede ver virtud donde solo habrá dolor?

(19) (174) (268)



1808 [15 de julio]

Demasiado tarde

JOSÉ BONAPARTE cabecea apesadumbrado. De nada sirven los golpes de pecho, los «si hubiera sabido», los «quién lo iba a decir». Dos meses se ha demorado en tomar posesión efectiva de sus reinos, y aún se sorprende de que los primeros mensajes que recibe de sus nuevos súbditos sean el desprecio y la insurrección. Muy a su pesar, su séquito lo componen ciento sesenta y cinco mil hombres más para reforzar la línea que va de Vitoria a Toledo, y eso que el éxito de la campaña parece asegurado. El día anterior, sin ir más lejos, el ejército francés obtenía un nuevo triunfo en Medina de Rioseco contra las tropas de Galicia y Castilla. Aprovechando la ocasión para demostrar su magnanimidad, José propone entrar en negociación con los sublevados, y como prueba de buena voluntad, firma un decreto de amnistía y ordena difundirlo mediante una extensa campaña de prensa. Demasiado tarde. Dos meses de vacío de poder dan lugar a muchas quimeras. El retraso ha dado tiempo y ocasión a que el pueblo piense y se organice, tanto en la Península como en ultramar, y ahora el rey se enfrenta a un trabajo ímprobo para detener la enorme bola de nieve que rueda ladera abajo.

(19) (101)



1808 [19 de julio]

Batalla de Bailén

CON EL UNIFORME de mariscal de Francia desgarrado y la cabeza descubierta, Dupont esgrime el sable y grita fuera de sí animando a los suyos. Es el último intento de quebrar el muro que han levantado las divisiones de Teodoro Reding, el marqués de Coupigny y Felix Jones, un suizo, un belga y un irlandés, bajo las órdenes del general Castaños, ante el pueblo de Bailén. Será la primera vez que un ejército del imperio sea batido en el campo de batalla, y el francés busca la muerte con tal de desconocer la plenitud de su derrota.

Los días previos Dupont lo hizo todo mal. Ignoró la orden de volver a Madrid, menospreció al ejército de Andalucía, movió sus tropas a destiempo, las dividió, extendió en exceso sus líneas, le faltó táctica y criterio. Con el pueblo a su espalda, al ejército de la Corona no le falta suministro de agua para la tropa ni para enfriar los cañones, al rojo vivo de batir oleadas de franceses. Para estos, la tierra es un horno con la puerta cerrada. Napoleón se enfurecerá con Dupont, como Augusto con Varo tras la masacre de Teutoburgo. «Desde que el mundo empezó, no ha habido nunca nada tan estúpido, tan tonto ni tan cobarde», dirá cuando reciba el informe de la derrota. De haber conocido a los inútiles generales españoles Eguía, Cuesta y Aréizaga, el juicio del emperador habría sido más benévolo.

El saldo de la rendición es de dieciocho mil cuatrocientos prisioneros, incluyendo quince generales y cuatrocientos sesenta y siete oficiales. Media Península queda libre de franceses, replegados de nuevo a la línea del Ebro. José Bonaparte abandona Madrid y se traslada a Vitoria, y la alegría popular se desborda. Ya nada parece imposible.

(2) (3) (8) (18) (101) (198) (226)



1808 [22 de julio]

Patriotismo local

POCOS RÉDITOS se pueden recoger tras la batalla de Bailén. Cada junta se dice representante del rey, independiente y soberana, y, deslumbrada con su propio delirio, gasta sus energías en vigilar y espiar a las demás. Se dicen revolucionarias, pero procuran guardar el orden antiguo. Aún así, las revueltas y resistencias locales mantienen en la Península una sensación de insurrección permanente que desconcierta a los franceses. Pero la desconfianza crece y los pequeños propietarios de Madrid tiemblan al ver marchando por sus calles a los andrajosos «patriotas» del ejército valenciano, con sus sombreros redondos llenos de reliquias. Murcia es la primera consciente de la necesidad de aunar fuerzas y en reclamar un Consejo que, en nombre de Fernando VII, elabore un plan general para expulsar a los extranjeros. La siguen las demás en cascada, y al poco todas las juntas envían delegados a Aranjuez para componer una Suprema que coordine el esfuerzo común y que represente en nombre de todas al rey ausente.

Por su parte, el rey José gana en Vitoria a la marquesa de Montehermoso.

(3) (172) (177) (198) (251)



1808 [9 de agosto]

México bosteza

TONATIUH REINA en el cielo y calcina la Plaza del Zócalo con su aliento de fuego. El virrey José de Iturrigaray cabecea después de comer en su mesa de trabajo. En el silencio de su mente resuenan con fuerza las voces airadas que brotan del cabildo de la ciudad de México a medida que se leen las cartas de los delegados de Asturias y de la Junta de Sevilla. El rey ha sido secuestrado, dicen, embaucado por el infame Napoleón, y ahora lleva su corona un francés espurio.

El cabildo decide no reconocer las abdicaciones de Bayona por falta del consentimiento del pueblo, apoyar a las juntas nacidas en la Península para luchar contra el invasor y mantener el comercio con el puerto de Cádiz en tanto vuelve el legítimo rey Fernando VII. Por su parte, la Santa Inquisición de México llama a defender a la Iglesia, al Rey y a la Patria, y prohíbe pensar siquiera en la herejía de la soberanía popular.

Mientras tanto, él recuerda a su benefactor, el corrupto Godoy, y duda si seguir robando algo o aprovechar la coyuntura para quedarse con todo. No es pequeño el botín. El virreinato de Nueva España llega desde Oregón y Texas hasta Guatemala, y alberga a la mitad de la población de los territorios americanos de la Monarquía Católica y más de la mitad de su riqueza.

Es la hora de la siesta, el sol parece detenido en su cénit. El virrey espanta una mosca que hace rato que le ronda mientras reflexiona: puede que el rey reciba su potestad de Dios, se decide a susurrar en alta voz, pero si no hay rey... ¿quién manda?

(79) (102) (130) (132) (226) (283)



1808 [16 de agosto]

Todos a una

EL APOYO A LA SEVILLANA Junta de España e Indias es unánime en todos los territorios de la Monarquía Católica. A Nueva España se unen Cuba, Puerto Rico, Yucatán, Tierra-Firme, Chile, Buenos Aires, Perú, Nueva Granada, Filipinas y las Marianas. Todos decretan socorros económicos —hasta 284 millones de reales llegaron a enviar—, el mantenimiento del comercio y la fidelidad al rey Fernando VII y a la Corona, y si en algún despacho se habla de independencia, es para salvar una parte de la Monarquía del Gobierno corrupto y afrancesado que se ha instalado en Madrid. Pero mientras aguardan el regreso de su verdadero dueño, proponen cesar a las autoridades vigentes de dudosa legitimidad y constituir juntas que encarnen la soberanía del pueblo, como han hecho en la Península. Tal vez haya llegado el momento de ser considerados reinos independientes con todos los derechos dentro de la Monarquía Católica, y no virreinos subordinados a la Corona de Castilla, como han sido hasta la fecha.

(79) (132) (161) (231) (283)



1808 [1 de septiembre]

Doscientos mil soldados y cien mil cadalsos

ESOS SON LOS NÚMEROS que baraja José Bonaparte en su cuartel improvisado de Vitoria para hacer efectivo su nombramiento como rey de las Españas y de las Indias. Los unos para conquistar el territorio, los otros para sostenerlo. A su alrededor reina el caos, los españoles lo tratan como a un apestado y la idea de renunciar a la corona de la Monarquía Católica y recuperar la de Nápoles empieza a parecerle más que apetecible. Las tres condiciones que impuso a su hermano para aceptar la aventura están en entredicho: la pretendida independencia política queda en el aire por las cartas que recibe de un emperador iracundo; la integridad territorial es una quimera de difícil solución, y del dinero prometido no ha visto ni un franco. Napoleón opina que «la guerra debe pagar a la guerra», lo que sonaría lógico si se librara en un territorio rico, pero absurdo si tiene lugar allí donde el pueblo bebe arena. Por desgracia para José, la única ayuda que puede esperar de su hermano para gobernar ese pueblo esquilado y orgulloso son más y más soldados y muchos, muchos cadalsos.

(19) (198)



1808 [5 de septiembre]

SEMENARIO PATRIÓTICO

MANUEL JOSÉ QUINTANA levanta su copa y le secundan José María Blanco White, Isidoro de Antillón y Bartolomé José Gallardo. Hasta ese momento habían sido habituales de una tertulia literaria, pero ahora son los fundadores del periódico *Semanario Patriótico*, que nace con la voluntad de difundir la idea de que la soberanía pertenece al pueblo, que los poderes no pueden estar concentrados en una persona y que todos los hombres son iguales ante la ley. Montesquieu y Rousseau serán sus patronos, y el temor a seguir los pasos de Francia, su freno. Quieren hacer la revolución, acabar con todo tipo de tiranía, pero sin caer en los excesos que hicieron del país vecino un matadero.

Hay que enseñar al pueblo, dice Quintana con la copa aún en el aire, que la nación, por medio de sus representantes, es quien debe regir nuestro destino. La nación, una y soberana, formada voluntariamente por individuos libres. Ha llegado el momento de terminar con tres siglos de opresión, sufrimientos e injusticias iniciadas por los Habsburgo, y que los nombres de Padilla, Lanuza y Claris sean admirados por encima de los de sus asesinos y brillen con luz propia como ejemplo de la libertad recobrada.

(7) (11) (74) (132) (154) (155) (167) (174) (234) (236) (268) (283)



1808 [25 de septiembre]

Junta Suprema Central Gobernativa del Reino

EN ARANJUEZ, donde se dieron los primeros síntomas de descomposición de la Monarquía Católica y su arcaico entramado institucional, se constituye la Junta Suprema Central, la que debe regir todas las demás juntas. La forman treinta y cinco miembros, la mayoría aristócratas (como Floridablanca), eclesiásticos de alto rango, viejos funcionarios (como Jovellanos) y algunos jóvenes de ideas modernas, entre los que destaca el secretario Manuel José Quintana. La Junta se define representante del rey y reclama para sí las atribuciones de la Corona y el papel de enlace entre los distintos reinos de la Monarquía, pero ni el Consejo Real ni el pueblo le reconocen ese poder. Sus primeros actos y decisiones —suspender la venta de «manos muertas», permitir el regreso de los jesuitas, nombrar inquisidor general...— no contentan a nadie y enfadan a todos. Además, le falta el dinamismo y la agilidad necesaria para hacer frente a la situación de guerra que vive la Corona. Lo único a su favor es que ella misma es consciente de sus debilidades y promueve entre los intelectuales la idea de elaborar propuestas y planes de futuro, y entre ellas, destaca la de que si hay algo que justifica la unión de los pueblos de la Monarquía Católica en la lucha contra un enemigo común, es eso que se intuye como nación. Tanto, o más que el propio rey.

(8) (17) (132) (154) (198) (199) (283)



1808 [22 de diciembre]

Un sombrero con cabeza: Napoleón en Chamartín

EL EMPERADOR arruga con furia la carta de su hermano solicitando templanza y la arroja al suelo. Ninguna cabeza queda por encima de la suya allá donde se presenta, y en Chamartín Napoleón ejerce de rey.

Ante el alud de malas noticias no había tenido más remedio que viajar al sur con noventa mil hombres más, de modo que la lista de sus victorias apagara el eco de Bailén: Espinosa de los Monteros, Burgos, Tudela, Somosierra... La Junta Central huyó a Sevilla como un zorro acosado por una jauría de lebres hambrientos. Madrid quedó a merced del conquistador, y esta vez el sombrero y las botas del emperador no llegaban vacías. Antes de regresar a sus asuntos de Europa, Napoleón disuelve el Consejo Real, abole la Inquisición, reduce el número de conventos, elimina los derechos señoriales... Muchas de las cosas que ya anunciaba el Estatuto de Bayona y que sonarían bien si no estuvieran en francés.

Y luego, antes de partir, devuelve la Corona a José bajo la mirada socarrona de sus mariscales.

(18) (19) (174) (183) (199) (234) (283)



1809 [4 de marzo]

Como fichas de dominó

TRES MESES DESPUÉS del regreso de Napoleón a sus cuarteles de Europa central, las ciudades y los ejércitos peninsulares siguen desmoronándose en cascada: Castaños, triunfador de Bailén, en enero es vencido en Uclés; en febrero cae Zaragoza, en marzo tienen lugar las derrotas de Ciudad Real y Medellín. Solo Andalucía aguanta libre de franceses, y no por mucho tiempo.

A los postres del pequeño banquete campestre que ha organizado, *Mr. William Pitt*, ex primer ministro de su majestad Jorge III, comenta con sus amigos Castlereah, Bathurst y Wellesley las últimas noticias que llegan del continente.

—Entre abril y julio, Napoleón doblegó Austria, que disponía de ejércitos poderosos y bien pertrechados. Tres batallas fueron suficientes para rendir todo el reino.

—Pues después de un año y casi sin un ejército regular, la Monarquía Católica sigue en pie de guerra.

—¿Cómo es posible?

—Por la firme voluntad de su gente. Puede que la nobleza y el clero hayan degenerado con el mal gobierno y estén a los pies del emperador, pero algo nuevo está pasando, y gracias a ello, fijaos en lo que os digo, se encenderá la guerra patriótica que puede liberar a Europa.

(18) (101) (155) (283)